



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

La figura contradictoria de Atila en la Saga Alemana

Autor:

Juan C. Probst

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1953 - 5, pag. 112 - 118



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

LA FIGURA CONTRADICTORIA DE ATILA EN LA SAGA ALEMANA

POR

Juan C. Probst

Von der Parteien Gunst und Hass verwirrt, schwankt sein Charakterbild in der Geschichte.¹ Prólogo "Wallensteins Lager" (El campamento de Wallenstein).

Lo que Schiller afirma en estos versos del generalísimo imperial Wallenstein, puede aplicarse a casi todas las figuras descollantes en la historia de la humanidad. Y hasta será lícito sostener que cuanto más apasionada es la discusión que se entabla alrededor de un personaje, tanto más éste sobresalió de la medianía. De tal modo resulta casi un signo de grandeza. Y en este sentido el rey de los hunos, Atila, debe contarse entre los más grandes.

No me incumbe analizar la etopeya que los historiadores nos trazaron de este rey, pues sólo me propongo perseguir las huellas que dejó en la canción heroica germana. Aparece allí con dos caras totalmente opuestas: por un lado, el Atila tal como lo vieron sus aliados, los ostrogodos y los bávaros, por el otro, el de sus enemigos, los burgundios y los francos. La visión de los primeros tuvo su expresión en el ciclo legendario alrededor de Dietrich von Bern, el rey ostrogodo Teodorico de la historia, y en el Cantar de los Nibelungos; la segunda se refleja en las canciones de la Edda y en la leyenda de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes.

Ya en la canción más antigua que ha llegado hasta nosotros, la *Canción de Hildebrando*, figura Atila. Esta canción, que pertenece al ciclo alrededor de Dietrich von Bern, data probablemente del siglo VII, aunque fué anotada sólo a principios del siglo IX. Hildebrando ofrece allí a su hijo "enroscados aros hechos con el oro de moneda imperial los que le había regalado el rey, el señor de los hunos"². Nótese que el autor anónimo dice "el rey": Atila es el rey por antonomasia.

Un papel más importante desempeña Atila en la epopeya latina de *Waltharius* cuya redacción data, según las investigaciones más recientes, de principios del siglo IX; se basa en una antigua leyenda heroica germana. El poema comienza con la invasión de la Europa occidental por Atila, *impiger antiquos sibimet renovare triumphos*³. A la cabeza de sus innumerables huestes arrasa todo lo que se le opone. El rey de los francos obtiene la paz enviando a su primo Hagen con inmensos tesoros al rey huno, que en seguida sigue avanzando hacia Burgundia. Su rey manda una embajada al campamento que Atila recibe, como era su costumbre, afablemente⁴. Expone a los burgundios sus principios políticos: prefiere traer alianzas en lugar de combates a los pueblos y reinar en paz⁵. Cierra,

pues, un tratado con el rey burgundio que le entrega su hija Hildegund como rehén junto con un enorme rescate. El rey de Aquitania procede del mismo modo, dando como rehén a su hijo Walther. Llevando consigo los tesoros y los rehenes, Atila vuelve a sus tierras a orillas del Danubio. Demuestra por sus rehenes un gran cariño,⁶ haciendo que Hagen y Walther aprendan las artes de la guerra y de la paz, mientras que la niña crece bajo el cuidado inmediato de la reina. Sabemos que los jóvenes agradecen mal la magnanimidad de Atila, pues primero huye Hagen y luego Walther con Hildegund, llevándose una parte del tesoro huno. Para poder realizar su huída Walther ofrece un magnífico banquete a Atila y su séquito, y el rey se presenta allí como un gran bebedor de vino. Cierto que al día siguiente debe sufrir las consecuencias del exceso y resulta cómica la descripción que el poeta hace del rey que sale de su aposento sosteniéndose la cabeza con ambas manos. Que Atila es de temperamento colérico nos revela el poeta luego al describirnos el arranque de furia que sufre cuando se entera de la huída de Walther. Ofrece una enorme recompensa al que le traiga atado al fugitivo, pero ninguno de sus guerreros se anima a perseguir a Walther, pues todos temen su destreza en el manejo de las armas. Con este episodio Atila desaparece de la epopeya que sigue relatando las peripecias de la huída de Walther con Hildegund.

En el ciclo legendario alrededor de Dietrich von Bern, el rey ostrogodo Teodorico de la historia, Etzel=Atila ocupa un lugar prominente. Que Atila haya muerto en 453 y Teodorico nacido sólo en 455 no preocupa a la saga que hasta convierte en contemporáneo de ellos al rey ostrogodo Ermanarico cuyo imperio, que se extendía del Báltico al Mar Negro, fué arrasado por los hunos en 375. Desde entonces y hasta después de la muerte de Atila, los ostrogodos tuvieron que acudir al apellido de los reyes hunos y los acompañaron durante casi ocho decenios en sus expediciones guerreras. Los nobles godos ocupaban las posiciones más altas en la corte y en el ejército de Atila, sus canciones heroicas se entonaban en la sala de su castillo a orillas del Danubio, y Jordanes relata que en las exequias del rey huno, los nobles godos cabalgaron alrededor del magnífico catafalco, levantado al aire libre, cantando las alabanzas del muerto.

Esta situación se refleja nítidamente en el papel que Atila desempeña en las canciones de origen gótico cuyo fondo histórico debe buscarse además, en lo que a Teodorico se refiere, en su estadía, como rehén, en la corte bizantina durante más de diez años y en su campaña contra Odoacro que termina con la conquista de Italia. Atila es el rey de los reyes, en cuya sala se dan cita los más afamados espadas germanos no sólo godos sino bávaros, turingenses, sajones y hasta daneses que dedican sus mejores hazañas al rey huno aunque este mismo no interviene directamente en las luchas⁷.

De la permanencia de Dietrich en la corte de Etzel hablan, sobre todo, dos epopeyas que nos han llegado en una versión muy chapucera que, con los antiguos cantares desgraciadamente perdidos⁸, elaboró alrededor de 1280 un juglar austríaco que se llama a sí mismo Heinrich der Vogler⁹. Los tituló *Das Buch von Bern* o *Dietrichs Flucht* y *Die Rabenschlacht*¹⁰.

En el primer cantar se relata cómo Dietrich perdió su heredad itálica. Su tío Ermanarico, al pretender quitársela a la fuerza, sufre una grave derrota, pero luego logra atrapar en una celada a los mejores paladines de su sobrino. Ante su amenaza de ahorcarlos, Dietrich le entrega todas

sus tierras y va al exilio. En Gran se encuentra con el cortejo de la reina Helche, esposa de Etzel¹¹, que viaja con la escolta del margrave Rüdiger. Cuando la noble reina se entera del triste destino de Dietrich, lo invita a su corte donde Etzel lo recibe con los brazos abiertos. El rey ostrogodo queda allí varios años hasta que Etzel pone a su disposición un ejército huno para la reconquista de Italia. La epopeya narra dos tentativas de Dietrich para recuperar sus tierras, las dos muy similares. Ermanarico es vencido, pero logra escapar del campo de batalla, y Dietrich vuelve al castillo de Etzel donde se celebra la victoria con torneos y otros magníficos festejos. La reina no sólo lo ayuda con su tesoro sino que lo desposa también con su sobrina, la bella Herrat, dándole como dote, además de muchas riquezas, el reino de Transilvania, todo ello para estrechar los vínculos de Dietrich con la corte hun¹².

En la segunda epopeya, *La batalla de Ravenna*, vemos a Dietrich todavía en la corte de Etzel, lamentándose de la nueva pérdida de sus tierras, que Ermanarico ha vuelto a invadir. Etzel apronta otro ejército para una tercera campaña a Italia. Cuando todo está listo para la partida, Ort y Scharf, los hijos del rey huno, ruegan a su padre que les permita acompañar a Dietrich aunque sin intervenir, por ser demasiado jóvenes, en la lucha. Helche¹³ y Etzel se oponen firmemente al pedido, pero las súplicas de los hijos y el juramento de Dietrich de responder por su vida, vencen finalmente su resistencia, máxime porque Dietrich lleva consigo también a su joven hermano Diether.

Mientras el rey ostrogodo se dirige hacia Ravenna donde acampa el grueso del ejército enemigo, deja a los jóvenes en la retaguardia al cuidado de un viejo guerrero, pero éstos se escapan de su vigilancia y mueren en un encuentro con el traidor Witege después de valiente combate. Cuando vuelve Dietrich victorioso, recibe la infausta noticia. Fuera de sí, corta la cabeza al guardián y persigue a Witege que, viéndose perdido, se arroja al mar. En seguida asalta a Ravenna donde Ermanarico se había refugiado, y desencadena su furia sobre la desdichada ciudad entregándola a las llamas. Pero no se atreve a presentarse ante Etzel y envía a Rüdiger como portador del triste mensaje. Con fuertes pinceladas describe el poeta la impresión que la noticia causa en la reina y en Etzel que primero maldicen a Dietrich. Por fin, la persuasión de Rüdiger logra aplacar la ira del rey que hasta accede a recibir a Dietrich de nuevo en su corte. Pero cuando Dietrich entra en la sala, contesta sólo de mala gana¹⁴ su saludo. El rey ostrogodo inclina la cabeza hasta los pies de Etzel y le dice: "Noble y poderoso rey, venga en mí tu desgracia y ¡a tus dos amados hijos! ¡Quítame ahora la vida!"¹⁵. Pero Etzel lo levanta y lo perdona.

Con esta escena dramática termina la epopeya. Dietrich queda todavía muchos años en la corte de Etzel y tiene ocasión de probarle su lealtad al intervenir, con todo el dolor de su alma, en la destrucción de los burgundios, tal como lo relata la epopeya alemana por antonomasia *El Cantar de los Nibelungos*.

Atila aparece allí en la segunda parte que se desarrolla casi toda en su corte. Muerta la reina Helche, sus allegados le aconsejan pedir la mano de la viuda de Sigfrido, pero Etzel teme que su pretensión sea rechazada por no ser cristiano. Sin embargo, los amigos insisten en su proposición, aduciendo que Krimilda quizás lo acepte por esposo, pese a su paganismo, considerando su alto renombre y sus grandes riquezas¹⁶.

Etzel envía entonces a uno de sus vasallos germanos, el margrave Rüdiger, a la corte de Worms para pedir a los reyes burgundios la mano de su hermana. Éstos encargan, después de un agitado consejo, al margrave Gere que comunique a Krimilda la nueva. Gere le dice de su pretendiente: “Mandó por vuestro amor, señora, uno de los mejores que jamás ganó con todos los honores un reino o pudo llevar una corona”¹⁷. Y Rüdiger le ofrece luego en la audiencia que le concede, en nombre de su señor, como dote las tierras de treinta príncipes que conquistó su mano poderosísima¹⁸.

La princesa burgundia acepta finalmente la mano de Etzel cuando se da cuenta que de este modo podrá vengar la muerte de Sigfrido, y se traslada al país huno. El rey va a su encuentro con toda su corte que reunía los mejores espadas tanto cristianos como paganos, atraídos por la fama de la generosidad real¹⁹. Recordemos que los cronistas como Priscus destacan, en cambio, la codicia del rey, al igual de las canciones nórdicas. En la *aventura 22*, el autor de la epopeya pinta un cuadro imponente del poderío del rey huno, enumerando los reyes y príncipes que lo acompañan con sus innumerables huestes y describiendo los festejos con los que se celebran las bodas.

Cuando años después Krimilda pide a su esposo que invite a los reyes burgundios a su corte, éste accede a sus ruegos sin sospechar la mala fe de la mujer. Su alma era fiel, sin falsía, afirma expresamente el poeta²⁰. Los mensajeros que manda a Worms, pueden llenar su cometido sin riesgo, pues el solo nombre de Etzel basta para protegerlos en el largo viaje²¹. Los burgundios aceptan la invitación, y Etzel los agasaja magníficamente en su residencia. El poeta no se cansa de ponderar la munificencia del anfitrión real²². Cuando en el torneo que se celebra en honor de los huéspedes, los ánimos se enardecen, Etzel intercede con energía, arrebatando la espada a uno de los hunos más exaltados y rechazando furioso a los demás²³. Los derechos de la hospitalidad le son sagrados y los hace respetar hasta que los mismos burgundios se ponen fuera de la ley.

En la lucha que se entabla, no interviene, pero cuando Hagen lo tilda de cobarde, su séquito a duras penas puede impedir que se arroje al combate. “El rey era muy valiente; no quería desistir de su propósito / lo que es raro en príncipes tan poderosos. / Tuvieron que retirarlo a viva fuerza por la correa del escudo”²⁴. Con la misma decisión con que Etzel había protegido antes a sus huéspedes, les niega ahora el perdón. “Ninguno de vosotros saldrá de aquí con vida”, contesta a Gunther²⁵.

La *aventura 37* presenta al rey huno en una situación inaudita: el señor feudal y su esposa imploran de rodillas a su vasallo, el margrave Rüdiger, ayuda contra los burgundios²⁶. Esta escena que no condice con el carácter de Atila como nos ha sido trazado hasta entonces, se nos ocurre fué inspirada al poeta por una tradición histórica: la dramática entrevista entre Federico Barbarroja y Enrique el León en Chiavenna donde el emperador se arrodilló ante el duque güelfo para pedir su auxilio en la quinta campaña italiana.

Cuando Krimilda corta la cabeza a Hagen encadenado por Dietrich von Bern, Etzel lamenta que el mejor de los espadas hubiera de morir a manos de una mujer, y hace honor al enemigo caído. Y al final llora junto con el rey ostrogodo la muerte de tantos guerreros esforzados²⁷.

Si unimos las pinceladas para retocar el cuadro que las canciones analizadas nos ofrecen de la personalidad de Atila, éste aparece como un rey poderoso cuya fama de magnánimo reúne en su corte a los mejores es-

padas germanos. Leal con sus amigos, desprendido con sus vasallos, hospitalario con los extraños y cortés con las damas, se muestra implacable con sus enemigos. Su nombre es temido aun lejos de sus dominios. Pero pese a ocasionales arranques de cólera, su alma está abierta a los sentimientos delicados. Demuestra ternura por su esposa y su hijo, llora la muerte de los valientes²⁸ y sabe perdonar generosamente.

Veremos ahora la otra imagen de Atila tal como nos la brinda la Edda nórdica. En la antigua canción de Atli a la que el escaldo Thorbjörn dió forma alrededor del año 900, el rey huno manda un mensajero a la corte burgundia para invitar los reyes a su residencia. Cuando éste entra en la sala donde Gunnar y sus fieles estaban reunidos en un festín, enmudecen los bebedores “temiendo la ira de los hunos”²⁹. A pesar de las manifestaciones de amistad que les transmite el enviado de Atli, los reyes burgundios sospechan el motivo oculto de la invitación que no es otro sino apoderarse del tesoro burgundio que habían hundido en el Rhin. Pero desechando también la advertencia de su hermana, esposa del rey huno, resuelven desafiar el destino. Atli los prende a su llegada y les exige la entrega del tesoro si quieren salvar su vida. Ante su negativa, Atli hace arrancar el corazón a Högni y lo muestra aún palpitante al hermano Gunnar. Entonces éste le enrostra las palabras de desafío que se grabaron en la memoria del pueblo y vuelven a resurgir siglos más tarde en la epopeya de los Nibelungos: “Nunca verás, oh rey, el oro. Yo solo conozco ahora su escondite... El caudaloso Rhin guardará el tesoro, discordia de los espadas, el tesoro divino de los Nibelungos. En las ondulantes olas resplandecerá el oro funesto, pero jamás en las manos de los hijos de hunos”. Y Atli lo manda arrojar al patio de las serpientes donde muere pulsando el arpa. La reina venga luego a sus hermanos, matando a Atli que se había embriagado insensatamente después de dar muerte a sus cuñados, e incendia el castillo huno, pereciendo todos en las llamas. Probablemente se trasluce en este relato del fin de Atli, la tergiversación que el hecho de su muerte natural sufrió tempranamente. Jordanes cuenta que murió en su noche de bodas con Hildico, una doncella germana, ahogado por un vómito de sangre. Pero pronto surgió y se afirmó cada vez más la versión de que Hildico lo había asesinado para vengar la muerte de su padre que le imputaba.

La canción groenlandesa de Atli nos ofrece un relato similar aunque más extenso. También allí Atli se muestra codicioso y cruel. En la riña con la reina, ésta le reprocha haber matado a su propio hermano, única alusión a este hecho histórico en las sagas³⁰.

En otro canción de la Edda, Atli acusa a su esposa de adulterio con Thjodrek, el Dietrich von Bern de la epopeya germana. Ésta se somete a un juicio de Dios del cual sale exculpada. A la mujer que había levantado la calumnia, Atli la hace hundir en un pantano.

De modo muy curioso, Atila se ve entremezclado también en la hagiografía, en la leyenda de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes que fué apuntada en Colonia a fines del siglo x, en la siguiente forma:

Úrsula, hija de un rey cristiano de la Gran Bretaña³¹, es pretendida por un poderoso príncipe pagano que amenaza con asolar el reino de su padre si su petición fuera rechazada. Las bodas se fijan para dentro de tres años, pero al vencer el plazo, Úrsula que desea permanecer virgen, huye por mar con sus mejores amigas³². Entran en el estuario del Rhin y suben ese río hasta Basilea. Desde allí viajan por tierra hasta Roma. En el viaje

de vuelta siguen el mismo itinerario, pero al desembarcar en Colonia, ciudad sitiada entonces por los hunos, éstos degüellan a las doncellas una por una. Úrsula que baja última del barco, es llevada ante el rey de los hunos que es precisamente nuestro Atila. Fascinado por su belleza y distinción, el rey la trata con mucha cortesía y hace lo posible por consolarla de la muerte de sus compañeras diciéndole que si la hubiese conocido antes, hubiera perdonado la vida a todas. Finalmente le declara que él, dueño de toda Europa, ante cuyo solo nombre tiembla el Imperio Romano, ha resuelto hacerla su esposa. Úrsula rechaza su pretensión y sufre el martirio muriendo flechada. En seguida los hunos ven aparecer sobre los cadáveres de las doncellas a las huestes celestes y huyen despavoridos, salvándose así Colonia de la destrucción inminente.

El papel de enamoradizo que se adjudica en esta leyenda a Atila, se debe seguramente a las referencias de Priscus y Jordanes sobre sus muchas mujeres. Históricamente, Atila cruzó el Rhin en 451, bastante al sur de Colonia, y si bien al regreso de su campaña, después de la batalla en los Campos Cataláunicos, pudo haber pasado cerca de esa ciudad, es poco probable que se haya demorado en un sitio de la misma. En el fondo de la leyenda parece más bien sobrevivir el recuerdo de las campañas del rey huno Uptar contra los burgundios, alrededor del año 413. Estos, acorralados por el enemigo, perdieron la fe en los dioses paganos y se hicieron bautizar por San Severo para conseguir la ayuda del Dios cristiano. Y con el auxilio del mismo pudieron efectivamente derrotar a los hunos, pues su rey murió en vísperas de la batalla decisiva, víctima de su glotonería.

Evidentemente, la figura de Atila que se desprende de estas referencias de la Edda y de la leyenda franca, está más de acuerdo con la tradicional imagen del "Azote de Dios": su crueldad refinada, su insaciable sed de oro, su lascivia, su falta absoluta de escrúpulos en la elección de los medios para lograr un fin propuesto. Pero no es menos cierto que la investigación histórica imparcial ha rectificado este cuadro y nos presenta hoy a un Atila que, bajo muchos conceptos, se parece al rey Etzel de los antiguos cantares de *Dietrich von Bern* y de la *Desgracia de los Nibelungos*.

NOTAS

¹ "Confundido por el favor y el odio de los partidos oscila la imagen de su carácter en la historia".

² Véase *Literatura en alemán antiguo*, fascículo dos de la antología alemana, editada por el Instituto de Literatura Anglogermánica de la Fac. de Fil. y Letras, selección, traducción, prólogo y notas de Ilse M. de Brugger.

³ (v. 12).

⁴ ut solitus fuerat, blande suscepit (v. 67).

⁵ Foedera plus cupio quam proelia mittere vulgo. Pace quidem Huni malunt regnare (v. 68/9).

⁶ Exulibus pueris magnam exhibuit pietatem (v. 97).

⁷ En una canción titulada *Wunderer*, Etzel replica a la princesa Saelde que implora su protección, diciendo: "Yo nunca peleo, pero si queréis, elegid aquí entre los espadas en mi sala a uno que os parezca bastante esforzado como para enfrentar al enemigo".

⁸ Su contenido demasiado alejado de la verdad histórica hace suponer que ya estos cantares primitivos no hayan sido cantados por bardos góticos sino por los de pueblos vecinos que los compusieron, impresionados por el trágico destino del reino de Teodorico después de la muerte de éste.

⁹ Enrique el Pajarero.

¹⁰ *El libro de Bern* (Verona) o *La huída de Dietrich* y *La batalla de Ravenna*, el único texto que hemos podido tener a la vista de esas epopeyas, es la selección que Emil Henrici confeccionó para el tomo VII de la *Deutsche National-Litteratur*, editada por Joseph Kürschner.

¹¹ Bajo esta forma conserva la leyenda el nombre de la mujer favorita de Atila que Priscus menciona como Hreka.

¹² No sería extraño que estas muestras de favor que la reina brinda a Dietrich, hayan dado pie a la canción de la *Edda* en la que Atli acusa a su esposa de adulterio con Thjodrek, como veremos más adelante.

¹³ Había tenido un sueño en el cual un terrible dragón desgarró a sus dos hijos.

¹⁴ träge.

¹⁵ edel künic rîche, /rich an mir dînen ungemach/und dîn liebe süne beide!/ Von mînem leben dû mich iezuo scheide!

¹⁶ 1146,2: durch iuvern namen den hôhen und juwer michel guot. Citamos según la edición del *Nibelungenlied* de Karl Bartsch, reeditada por Helmut de Boor, Leipzig, 1949.

¹⁷ 1217, 1-3: Ez hât durch iuwer minne, vrouwe, her gesant ein der aller beste, der ie kûneges lant / gewan mit vollen êren oder krône solde tragen.

¹⁸ 1235,4: sîn vil ellenthaftiu hant.

¹⁹ 1335,4: des kûniges milte.

²⁰ 1402,1: getriuwe was sîn muot.

²¹ 1494,2: hêrschâft diu Etzeln si vridet ûf allen wegen.

²² Lo califica repetidas veces como *riche*, adjetivo que significa tanto noble y poderoso como rico.

²³ 1895 y ss.

²⁴ 2022, 1-3: Der kûnec der was so kûene, er wold' erwinden niht./ daz von sô rîchem fürsten selten nu geschiht./ man muose in bî dem vezzel ziehen wider dan.

²⁵ 2095,4: des sol iwer deheiner nimmer lebende hinnen komen.

²⁶ 2152, 1-2: Etsel der rîche vlêgen ouch began./ dô buten si sich beide ze fûezen für den man.

²⁷ 2374, 1-4: "Wafen", sprach der fürste, "wie ist nu tôt gelegen/ von eines wîbes handen der aller beste degen,/ der ie kóm zu sturme oder ie schilt getruoc!/ swie vîent ich im waere, ez ist mir léidê genuoc".

²⁸ No debe extrañar que el rey se lamente y llore con tanta frecuencia. El llanto fácil es característico de la época: el héroe máximo, Dietrich von Bern también rompe a llorar a cada instante.

²⁹ Usamos la traducción alemana de la *Edda* de Félix Genzmer, Jena, 1934.

³⁰ Atila hizo asesinar a su hermano Bleda con quien compartió primero el gobierno.

³¹ En la tradición primitiva, la princesa se llama Winnosa, y Úrsula es una de sus acompañantes.

³² Originariamente fueron once, pero según parece, por la mala traducción de un manuscrito donde se leía *XI.M.V.* abreviatura que fué interpretada "undecim milia virginum" en lugar de "undecim martyres virgines", se convirtieron en once mil.